



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10814

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR, 24

CONDICIONES

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 y 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 10.º de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

SABADO 21 DE MARZO DE 1936

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorett, rue d'Anvers 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura. Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para penales, etc. Noventa especies. Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cables de abaca y metálicos, vías, férreas, con sus wagenetas, plataformas y demás accesorios, carrones, etcótera, etcótera. Basculas y Cajas para caudales. Excelentes referencias sobre la bondad de nuestros artículos.

GAMLO PEREZ LURBE
12, GASTELLIN, 12.

La mujer de Isidoro.

¿Qué iba á hacer yo pobre de mí! cesante y huérfano! Carecía de padrino; la patrona me echaba en cara diariamente el pan con que me socorría, y poco á poco iban desapareciendo del baul las prendas inferiores. Un día noté con dolor, que no me quedaban más que una camisa y un puño.
—¿Por qué no te casas?—me dijo un compañero de la niñez.
—¿Vaya una salución! Conque no tengo el necesario para mi subsistencia y quiero que contraiga nuevas obligaciones.
—Casate con una rica.



—Una rica? —Sí, con Doña Acacia, la viuda de Barjoflo.
—¿Qué barbaridad! —Es una mujer que suspira por un esposo.... Tiene una regular fortuna; además conserva frescas las carnes.
—¿Qué carnes? ¿Ha inventado alguna industria nueva? —Hablo de sus propias carnes. Aquel amigo, queriendo hacerme un favor, fue la causa de mis desventuras.
—¿Ay! —Me casé con Doña Acacia, que me esperaba desde el carabinero de mar, y pasados los primeros días del matrimonio, comenzó á mortificarme, haciendo de mí un esclavo.
—Isidoro, traeme las botas....; Isidoro, trae el corsé; Isidoro, sacame á paseo; Isidoro; hazme un café; Isidoro, hazme un café; Isidoro, hazme un café.
—El esposo parecía horribles neurálgico, procedentes de un susto que le había dado su primer esposo. Contaba ella que estando una tarde haciendo crochet, sentada en una silla, entró en la sala su marido con un saco, y sin darle tiempo á defenderse, se lo metió

por la cabeza. Después cogiéndola en vilo, la arrojó á la calle. La esposa no murió, desgraciadamente, pero estuvo ochenta días en la cama delirando y rascándose las conclusiones. Al marido le declaró loco y al fin bajo á la tumba, agarrado á una sombrerera de cartón, porque le había dado la locura por enamorarse de todos los bullos que veía.



Doña Acacia pudo abandonar el lecho y entregarse á sus ocupaciones; pero desde el día de la caída, comenzó á sentirse atormentada por los dolores neurálgicos; y un día se le presentaban encima del ojo derecho; otro sobre el izquierdo; ya en las sienes, ya en la parte superior de la nariz, ora en la mandíbula lateral derecha, ora en la izquierda.

Lo único que atenúa los dolores era un líquido transparente é inodoro, que le había sido recomendado por un farmacéutico andaluz, inventor de varios específicos.

Casi todas las noches mi esposa, antes de cerrar los ojos, me decía con voz desahogada:

—Isidoro, dame el líquido. Y yo tenía que encender la luz, coger la botella, sentarme en la cama y ponerme á friccionar la parte dolorida de mi señora.
—¿Dónde es hoy el dolor?—la preguntaba.
—En el arranque de la nariz; frotámela bien, imbécil; que no tienes disposición para nada.
—¿Qué noches me hacía pasar aquella mujer! Unas veces reñía, porque no la frotaba con fuerza; otras porque no la frotaba bastante y otras porque la frotaba regularmente.
Al otro día, no bien se levanta, ba venía hacia mí, echando fuego por los ojos y eran de oír sus insultos.
—¡Torpel! ¡Animal! ¡Facineroso! Me has dejado en carne viva todo el arranque de la nariz.
—¡Pero, mujer...! —¡A callar! Como ella tenía el dinero, yo no osaba llevarle la contraria. Un día me dijo:
—Vamos á viajar. Me canso de estar siempre parada en un mismo punto.
—¿Lo que tú quieras, Acacia? —Vamos á Barcelona, á ver si encuentro á un hermanastro, que se nos fue de casa y luego he sabi-

do que vivía en Barcelona sacando



muelas en la plaza pública con un sacacorchos.

Y á Barcelona nos fuimos. II Al verse mi mujer en la fonda, comenzó á poner defectos y á rabiar, según costumbre.

La comida no le gustaba; al camarero no le podía ver sin comoverse porque se parecía á un loro que había tenido ella cuando niña. Encontraba dura la cama y todo le oía á sopa de hierbas.

Nosotros teníamos una habitación común con un solo lecho y junto al lecho una mesa y encima de la mesa muchísimos cacharros; el frasco de la bandolina que usaba mi mujer con prodigalidad desahogada; un tarro con pomada; otro con vaselina para los labios; otro con espíritu de vino, y otro con tinta fina de escribir, porque mi esposa era bastante literata y se parecía por emborronar papel. Entre todos aquellos frascos velase en primer término el que contenía la untura maravillosa anti-neurálgica del farmacéutico andaluz.

La noche siguiente á la de nuestra llegada fué horrible para mí: mi esposa comenzó á dar vueltas en el lecho y á lanzar ayes doloridos.
—¿Qué tienes, Acacia?—la dije yo.
—La neuralgia.
—¿Dónde te duele? —En todo el rostro. Trae el líquido. ¡Anda, corre! Busqué los fósforos sobre la mesa de noche; pero no estaban allí.
—¡Pronto, salvaje, que me estoy muriendo de dolores!—gritó mi esposa.
—No encuentro los fósforos.
—¡Búscalos, idiota!

Todo fué inútil: los fósforos no parecían y como mi mujer redoblaba sus insultos y me buscaba en la sombra para arañarme, salté del lecho y me dirigí á la mesa. Busqué á tientas el frasco de la untura prodigiosa y al fin di con él.
—Aquí está—dije con cierta satisfacción íntima.
—¿Qué? —El líquido.
—¡Pronto friccióname toda la faz. Anda no te detengas. Verti en la palma de la mano buena cantidad de líquido, y me puse á frotar la cara de mi mujer...

—¿Sientes alivio?

—Si; contestó ella algo más calmada.



Después, un ronquido dulce y acompañado me hizo comprender que mi Acacia había vuelto á soñar el sueño.

III No eran aun las siete de la mañana cuando desperté.

MI esposa dormía todavía. Fuí á coger los calceines y lancé un grito de asombro. Mi mano derecha estaba teñida de negro. Lo comprendí todo; en vez de coger la botella de la untura anti-neurálgica, había cogido, por equivocación la noche antes, el frasco de la tinta fina de escribir.

Lleno de espanto miré á mi esposa, que seguía durmiendo. ¡Horror! Tenía la cara lo mismo que un puchero usado.

Y hui de la fonda. Y no he vuelto á saber de ella desde entonces.
(Prohibida la reproducción.)

Su retrato

Sus cabellos son rubios como el oro; su cutis sesosado; como el nácar; un tentador lunar en la mejilla, y angelical mirada.
De dientes diminutos como perlas; de labios como grana; de cuerpo esculpural y síroto porte; medeto, en fin, de hechizos y de gracia. Ya la veis; es hermosa.
Si quisais ser felices, lo adoráis.
¡Yo lá llegué á querer, como en la vida sólo una vez se ama, y comprendí, ya tarde, que en su pecho un corazón de pedernal guardaba!
¿De pedernal? ¡Mont! que anisando duro, fuego tiene esa pispa en sus entrañas. Es de duro metal, y yo tan solo di en él con el óxido que mata.

Antonio Butigieg.

Yligan 17 Enero 96.

Las fiestas de Porman.

Las fiestas religiosas y populares, con que la Junta de Gobierno del Hospital de Caridad, ha celebrado el solemne acto de la inauguración de su santuario y preciosa Capilla, han revestido solemnidad inusitada.

El vecindario todo ha tomado parte en ellas, asociándose al júbilo de las que, cual obreras de la Caridad, se lanzaron con singular independencia y abnegación extraordinaria, á procurar un alto beneficio para los infortunados y mantener á la humanidad en el santo amor del prójimo.

El día 18 de la tarde, víspera de la fiesta, hizo su entrada en el pueblo la

laureada banda de Infantería de Marina, ejecutan el Himno Nacional de Chile, en medio de un entusiasmo indescriptible y de vivas á España.

El entusiasmo que despertó en todo el pueblo la imagen del Santísimo Patriarca, al salir de la casa de Sr. Zapata, no es para decirlo.

Los continuados disparos de cohetes, lúes de bengala, las campanas de la parroquia y las acordes de la música, daban al cuadro que presenciaban un deslumbrador aspecto.

A las 3 de la noche se quemó un precioso y magnífico castillo de fuegos artificiales, que hizo honor al pirotécnico de Porman, en recuerdo de su celebración.

El día 18, á las 7 de la mañana, la música de Infantería de Marina, recorrió las calles del pueblo ejecutando una prestigiosa diána.

El día 19, por el celoso cura párroco D. José Soria, se bendijo la Capilla con arreglo á ritual, á cuyo acto asistió la Junta de gobierno del Hospital, terminando el cual, se trasladó diána Junta, con su estatuante, á la Iglesia parroquial, donde á las nueve y media se cantó una solemne misa con orquesta, haciendo el paterístico del Santo Patriarca, D. Miguel Martínez Esteban, Capellán de honor y Procurador de S. M., quien pronunció un notable sermón, que fué del agrado de la concurrencia que, acompañada por completo la Iglesia de Santiago.

Terminada la misa tuvo lugar la procesión, recorriendo las principales calles del pueblo, que hallaban engalanadas con vistosas colgaduras y arcos de follaje y flores.

La procesión resultó brillantísima. Marchaban delante del trono de San José, con velas encendidas, un número de obreros, las niñas de María, que lucían preciosos accesorios y medallas, un considerable número de señoras y señores, y en último término la Junta del Hospital, con las autoridades é invitados, presidiendo el acto, los presidentes honorarios de dicho Hospital, Sr. D. Miguel Zapata, Sr. D. Obdulio Moncada, el doctor D. José Maestro y el Alcalde Sr. Lopez Roca.

A la una de la tarde, entraba en el Hospital la imagen de San José. Terminada la procesión, la Junta del Hospital, presidida por el Sr. Obdulio Moncada, celebró una sesión pública extraordinaria, á la que asistió un público numeroso de señores realce y explayó el acto, los señores, que á él concurrieron.

El presidente honorario de la Caridad D. Obdulio Moncada, pronunció una solemne declaración, cuya síntesis idéntica: «La Caridad, dignísima emana del hombre, habiendo existido en los siglos de bronce, el equilibrio humano, como emanación directa